

HISTORIA Y PRESENTE

Perspectiva de España

«He tenido ocasión de visitar varias veces su país, del cual guardo un recuerdo muy grato, tanto por la amabilidad de las personas con quienes me he encontrado, como por la abundancia y alto valor de las numerosas obras de arte y expresiones culturales diseminadas por su geografía. Es un patrimonio envidiable, que denota una brillante historia, imbuida profundamente de valores cristianos y enriquecida también por la vida de eximios testigos del Evangelio, dentro y fuera de sus fronteras. Este patrimonio comprende obras en las que sus creadores han plasmado sus ideales y su fe. Si esto se ignorara o acallara, perdería buena parte de su atractivo y significado, pero seguirían siendo, por decirlo así, «piedras que hablan».

»Las multiseculares relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede, como vuestra excelencia ha indicado, reflejan el vínculo constante del pueblo español con la fe católica. La gran vitalidad que la Iglesia ha tenido y tiene en su país es como una invitación especial a reforzar dichas relaciones y fomentar la colaboración estrecha entre ella y las instituciones públicas, de manera respetuosa y leal, desde las respectivas competencias y autonomía, con el fin de lograr el bien integral de las personas que, siendo ciudadanos de su patria, son también en gran medida hijos muy queridos de la Iglesia. Un camino importante para esta cooperación está trazado por los Acuerdos suscritos entre el Estado español y la Santa Sede para garantizar a la Iglesia católica «el libre y público ejercicio de las actividades que le son propias y en especial las de culto, jurisdicción y magisterio» (art. I del primer Acuerdo, 3 de enero de 1979).

»En efecto, como usted sabe, señor embajador, la Iglesia impulsa a los creyentes a que amen la justicia y participen honestamente en la vida pública o profesional con sentido de respeto y solidaridad, para «promo-

»ver orgánica e institucionalmente el bien común» (Deus caritas est, 29). También está comprometida en la promoción y defensa de los derechos humanos, por la alta consideración que tiene de la dignidad de la persona en su integridad, en cualquier lugar o situación en que se encuentre. Pone todo su empeño, con los medios que le son propios, en que ninguno de esos derechos sea violado o excluido, tanto por parte de los individuos como de las instituciones.

»Por eso, la Iglesia proclama sin reservas el derecho primordial a la vida, desde su concepción hasta su ocaso natural, el derecho a nacer, a formar y vivir en familia, sin que esta se vea suplantada u ofuscada por otras formas o instituciones diversas. A este respecto, el Encuentro mundial de las familias, que tendrá lugar próximamente en territorio español, en Valencia, y que espero con ilusión, me dará oportunidad de celebrar la belleza y la fecundidad de la familia fundada en el matrimonio, su altísima vocación y su imprescindible valor social.

»La iglesia insiste también en el derecho inalienable de las personas a profesar sin obstáculos, tanto pública como privadamente, la propia fe religiosa, así como el derecho de los padres a que sus hijos reciban una educación acorde con sus propios valores y creencias, sin discriminación o exclusión explícita o encubierta. A este propósito, es para mí un motivo de satisfacción constatar la gran demanda de la enseñanza de la religión católica en las escuelas públicas españolas, lo cual significa que la población reconoce la importancia de dicha asignatura para el crecimiento y formación personal y cultural de los jóvenes. Esta importancia para el desarrollo de la personalidad del alumno es el principio básico del Acuerdo entre el Estado español y la Santa Sede sobre la enseñanza y asuntos culturales, en el cual se establece que la enseñanza de la religión católica se impartirá «en condiciones equiparables a las demás disciplinas fundamentales» (art. 2).

»Dentro de su misión evangelizadora, la Iglesia tiene también como tarea propia la acción caritativa, la atención a cualquier necesitado que espera una mano amiga, fraterna y desinteresada que alivie su situación. En la España de hoy, como en su larga historia, este aspecto se manifiesta particularmente fecundo por sus numerosas obras asistenciales, en todos los campos y con gran amplitud de miras. Y, puesto que esta labor no se inspira en estrategias políticas o ideológicas (cf. Deus caritas est, 31, b; 33), encuentra en su camino persona e instituciones de cualquier

”procedencia, sensibles también al deber de socorrer al desvalido, quienquiera que sea. Basándose en este «deber de humanidad», la colaboración en el campo de la asistencia y ayuda humanitaria ha conseguido muchos logros, y es de esperar que se fomente cada vez más.

BENEDICTO XVI: Discurso al nuevo embajador de España ante la Santa Sede, el sábado 20 de mayo de 2006. *L'Observatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXXVIII, núm. 21 (1952), 26 de mayo de 2006.

Una sociedad que olvida su pasado está más expuesta a la manipulación ideológica

«León XIII estaba convencido de que el estudio y la descripción de la historia auténtica de la Iglesia no podían por menos de ser favorables a ella.

»Desde entonces, el contexto cultural ha experimentado un cambio profundo. Ya no se trata sólo de afrontar una historiografía hostil al cristianismo y a la Iglesia. Hoy es la historiografía misma la que atraviesa una crisis muy profunda y debe luchar por su propia existencia en una sociedad modelada por el positivismo y el materialismo. Estas ideologías han conducido a un entusiasmo descontrolado por el progreso que animado por espectaculares descubrimientos y éxitos técnicos, a pesar de las desastrosas experiencias del siglo pasado, determina la concepción de la vida de amplios sectores de la sociedad. Así, el pasado aparece sólo como un fondo oscuro, sobre el cual el presente y el futuro resplandecen con promesas atractivas. A esto se une también la utopía de un paraíso en la tierra, a pesar de que dicha utopía se ha demostrado falsa.

»Típico de esta mentalidad es el desinterés por la historia, que se traduce en la marginación de las ciencias históricas. Donde están activas estas fuerzas ideológicas, se descuidan la investigación histórica y la enseñanza de la historia en la universidad y en las escuelas de todos los niveles y grados. Esto produce una sociedad que, olvidando su pasado, y por tanto desprovista de criterios adquiridos a través de la experiencia, ya no es capaz de proyectar una convivencia armoniosa y un compromiso

”común con vistas a la realización de objetivos futuros. Esta sociedad está
”muy expuesta a la manipulación ideológica.

»El peligro aumenta cada vez más a causa del excesivo énfasis que se
”da a la historia contemporánea, sobre todo cuando las investigaciones en
”este sector están condicionadas por una metodología inspirada en el posi-
”tivismismo y en la sociología. Además, se ignoran importantes ámbitos de la
”realidad histórica, incluso épocas enteras. Por ejemplo, en muchos planes
”de estudio de enseñanza de la historia comienza solamente desde los
”acontecimientos de la Revolución francesa. Producto inevitable de este
”desarrollo es una sociedad que ignora su pasado y, por consiguiente, care-
”ce de memoria histórica. Cualquiera puede ver la gravedad de esa con-
”secuencia: así como la pérdida de la memoria provoca en la persona la
”pérdida de su identidad, de modo análogo este fenómeno se verifica en
”la sociedad en su conjunto.

»Es evidente que este olvido histórico conlleva un peligro para la inte-
”gridad de la naturaleza humana en todas sus dimensiones. La Iglesia,
”llamada por Dios Creador a cumplir el deber de defender al hombre y
”su humanidad, promueve una cultura histórica auténtica, un progreso
”efectivo de las ciencias históricas. En efecto, la investigación histórica en
”un nivel elevado también entra, en el sentido más estricto, en el interés
”específico de la Iglesia. El análisis histórico, aunque no concierna a la
”historia propiamente eclesial, contribuye en cualquier caso a la des-
”cripción del espacio vital en el que la Iglesia ha cumplido y cumple su
”misión a lo largo de los siglos. Indudablemente, los diversos contextos his-
”tóricos siempre han determinado, facilitado o dificultado la vida y la
”acción de la Iglesia. La Iglesia no es de este mundo, pero vive en él y para
”él.

BENEDICTO XVI: Discurso a los miembros del comité
pontificio de ciencias históricas, el viernes 7 de marzo.
L'Osservatore Romano, edición semanal en lengua española,
año XL, núm. 12 (2047), 21 de marzo de 2008.